

La vida en el mar

Por *Gia Ares*

La vida en el mar no es una existencia lineal, sino una sinfonía de ritmos incesantes, colores vibrantes y una fuerza indomable que redefine las capacidades del ser humano. Vivir de cara al océano –y fotografiarlo– es aceptar que el paisaje cambia cada hora, que la belleza y el peligro comparten el mismo espacio, y que la convivencia exige respeto, paciencia y una capacidad de adaptación absoluta.

El mar inspira una enorme sensación de asombro. En las primeras horas de la mañana, la luz se refracta sobre el agua, creando tonos pastel que luego se intensifican en azules profundos y turquesas. La inmensidad del horizonte, la caricia de la brisa marina y el sonido constante de las olas –que parecen reír y cantar– crean un ambiente de profunda reflexión y libertad.

Bajo la superficie, el mundo marino es un desfile de formas exóticas y criaturas fascinantes. Desde la majestuosa presencia de las ballenas que hacen su recorrido a casa, el cardumen que se mueve en una coreografía no ensayada y el sonido de las piedras al movimiento de las olas, todo apunta a un ser vivo compuesto, un latido indomable con mente y elecciones propias.

La vida marina es también la vida de las comunidades que dependen de ella. Los pescadores locales viven al ritmo de las mareas, un trabajo duro que requiere un profundo conocimiento del entorno. Su rutina se rige por las mareas, no por el reloj. Con sus manos curtidas por la sal y el sol, confían su regreso a la red, a la brisa y a la pequeña luz que alumbra su lancha cada noche pesca.

Por otro lado, el turismo trae una energía diferente, viene la risa y el bullicio, una mezcla de admiración por el paraíso natural y la necesidad de manejarlo. La comunidad se adapta, trabajando en la conservación de especies y espacios, como las tortugas marinas y sus áreas de desove, mientras intenta compartir un hogar con visitantes de todo el mundo, su tecnología, música y fiestas.

Sin embargo, no siempre es un paraíso; los pueblos costeros están llenos de contrastes y claroscuros. La inseguridad y los nuevos habitantes que van y vienen, rancherías perdidas en los cerros, religiones diferentes que acatan otros designios; otra ley es la que rige estas tierras, pero todos son parte de una misma familia.

El mar exige respeto y, a veces, cobra tributo. Los huracanes y las tormentas son fenómenos que transforman instantáneamente el paisaje. Son vientos que aúllan, furia blanca. La calma se convierte en caos. Estos eventos destructivos son un recordatorio crudo de la inmensidad de la naturaleza, lo que obliga a la comunidad a fortalecer su resiliencia e identidad.



Artes

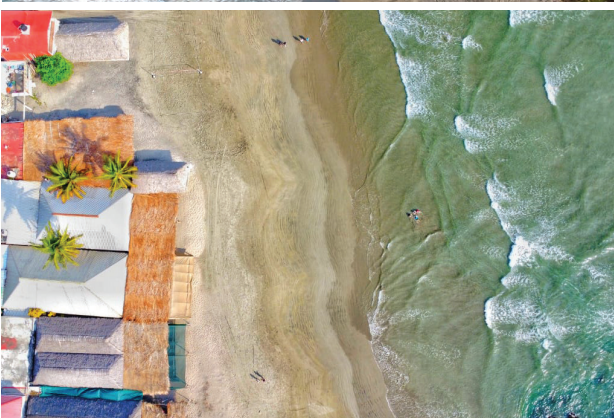
La fotografía en este entorno es un desafío técnico y creativo, un acto de fe. El clima tropical, caracterizado por la alta humedad y la luz intensa, requiere protección constante de las cámaras y el resto del equipamiento. El objetivo es capturar la extensión del horizonte, pero también los detalles, la textura de la arena y la fuerza de las olas.

De esta forma, la cámara se convierte en testigo que documenta no solo la belleza, sino también las amenazas como la contaminación, la extinción de especies y el verdadero carácter del ser humano.

El mar es un maestro exigente que enseña humildad y asombro. Fotografiarlo es intentar capturar la esencia de un mundo que, aunque inmensamente bello, nos recuerda nuestra propia fragilidad. 🌊



Obra fotográfica de Gia Artes







Gia Ares es una creadora de imágenes que busca en la tranquilidad el sentido de su obra. La inmensidad del mar es, quizás, su principal inspiración. Sus fotografías, como los barcos, se mueven entre el espacio y el azul, conceptos que son fácilmente identificables en su trabajo. Cursó el Diplomado en Fotografía de la UAEMéx y ha desarrollado una estética relacionada con la naturaleza, la cultura mexicana y la vida cotidiana junto al mar.
Facebook @Gia Ares Photography